



EMILIO LLEDÓ: LAUDATIO

JOSÉ LUIS ESCOHOTADO IBOR

Con motivo de la investidura de Emilio Lledó como Doctor Honoris Causa por la Universidad de La Laguna el 7 de marzo de 1997.

Hace tiempo que la Universidad de La Laguna debía el homenaje de la investidura como Doctor Honoris Causa al Exmo. Sr. D. Emilio Lledó Iñigo que impartió desde 1964 a 1967 la Cátedra de Fundamentos e Historia de la Filosofía de esta Universidad. Me ha cabido, por designación de la Facultad de Filosofía, el honor y la responsabilidad de expresar la semblanza laudatoria en este acto solemne aunque quizá habría otras personas que hubieran cumplido mejor que yo este cometido. Pero una vez aceptado este honroso papel que se me ha encomendado, lo asumo con satisfacción porque me une una vieja relación de discipulado y amistad con el profesor Lledó.

Nos separan más de treinta años de la época en que Emilio Lledó, acompañado por su esposa Montserrat Macau, llegó para instalarse en un edificio, actualmente desaparecido, de la lagunera calle de la Sota. Montserrat había traducido para la editorial de la *Revista de Occidente* un trabajo colectivo de varios profesores de Oxford, que era una de las primeras expresiones en España del nuevo giro lingüístico en el pensamiento. El libro se titulaba: *La revolución en filosofía*.

La larga estancia de Lledó en Heidelberg de 1952 a 1962 le había servido para adquirir una sólida formación en filología clásica con los profesores Regenbogen y Dirlsmeier sumada a las enseñanzas en historia de la filosofía de los maestros Löwith y Gadamer. De aquellos años de aprendizaje en Alemania es también la amistad con dos miembros de la generación de los “niños de la guerra” que habían ido a respirar otros aires. Me refiero a José Rodríguez, “Pepón” y a Manuel Sacristán.

Se abría para Emilio Lledó, fruto de los años de estudios y de docencia en la Universidad Alemana, una interesante tarea hermenéutica cuyo primer resultado fue la tesis doctoral de 1961: “El concepto de *Poiesis* en la filosofía griega”. En ella se trataba de mostrar, a través del desenvolvimiento de la cultura griega, cómo el verbo (*poiéo*), denominador común de todas las acepciones vinculadas al hacer, se iba a decantar en significados semánticos tan opuestos: la poesía, el relato histórico, el

discurso lógico y el poder del entender (*“fronein”*) se diversificarían como actividades intelectuales encarnadas en géneros literarios, separados a partir del originario sentido del hacer. Era el esbozo de un programa de investigación con el que manifestaría una persistente continuidad la obra posterior de Lledó.

Frente a la presentación de la historia de la filosofía como oficialmente se administraba por aquella época en las universidades españolas, —abstracta y desgajada de las formas de expresión—, le pareció ineludible al Profesor Lledó anclarla en la sociedad, en la historia y, sobre todo, en el lenguaje, de forma que la vida del idioma en que se escribe un discurso filosófico se muestre como el cauce de sus claves interpretativas.

Cuando se evoca el ambiente intelectual de la dictadura no es exagerado recordar que desde la Guerra Civil las cátedras de filosofía habían sido depuradas, imponiéndose, de acuerdo con la ideología de la “España eterna”, un plúmbeo escolasticismo dogmático y teologizante. El intento de legitimación con figuras del pasado como Vives, Suárez o Balmes evidenciaba aún más el vacío y la ausencia de la media docena de filósofos españoles vivos de talla internacional, que se encontraban en el exilio o habían sido retirados de la cátedra.

La situación en La Laguna era similar a la del resto de las universidades, desconectada del quehacer filosófico que se practicaba fuera. Aunque aquí debemos recordar la excepción que representó D. Felipe González Vicén que también había sufrido expediente depurador y ejercía su crítica libertaria y desobediente en el ámbito de la Filosofía del Derecho.

Cuando Lledó arriba a la isla durante el curso 1964-65, después de un breve período en Valladolid donde había obtenido la cátedra del Instituto “Núñez de Arce”, contaba con un sólido bagaje para cumplir la que era, quizás, su vocación auténtica: enseñar la filosofía en su historia, reviviendo los textos clásicos, pero ello también en trato y diálogo permanente con los estudiantes. Sus clases en las aulas de este viejo edificio, la fresca cercanía de sus exposiciones orales, fueron seguidas con apasionamiento por los alumnos de Letras y de otras Facultades. Sus lecciones eran una manera distinta de decir y un nuevo estilo de enseñar filosofía en ruptura con todo lo que se venía practicando. Era un talante democrático y crítico en la búsqueda del conocimiento, al que se unía, —como ha recordado Juan Cruz Ruiz—, la activa melancolía de los poetas.

Todos reconocieron en él la estatura de un maestro y se iniciaron así entre sus discípulos vocaciones diversas, no sólo en el campo filosófico sino también en la helenística, la filología y otras ramas de la cultura. En esta Universidad haber sido discípulo de Emilio Lledó era y es un título de prestigio. Entre los numerosos discípulos que han hecho una brillante carrera académica, literaria y docente se encuentran Miguel Martínón, Antonio Pérez, Eduardo Acosta, Alberto Galván, José Carlos Guerra, Lorenzo García Arocena, Marcos Martínez, María del Carmen

Guimerá, Antonio Álvarez de la Rosa, Ángela Sierra, Delia Romero, Juan Cruz Ruiz, Manuel Hernández, y tantos otros, desde luego pido perdón a los muchos que no he nombrado.

Sembraría también Lledó la semilla del dragón de la crítica en la propia tradición departamental de la filosofía en La Laguna.

En su larga estancia en Barcelona como catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad Central, ejerció su fructífero magisterio con varias generaciones de estudiantes. En esa década de los años setenta su labor de investigación se enriquecería con varias publicaciones como *Filosofía y lenguaje* y *Lenguaje e historia*. En ambas se insistía en el despertar de la conciencia lingüística articulada con la historia como memoria colectiva o a través del medio privilegiado del lenguaje escrito, que permite la comunicación del presente con el pasado. En este período dirige una considerable cantidad de tesis doctorales que pronto se convierten en ediciones de obligada referencia.

Un texto de 1975 de intención didáctica extraordinariamente vivo, es *La filosofía hoy* donde se incluía una entrevista con Jürgen Habermas. La actividad filosófica se presentaba como testimonio histórico-cultural que no podía dejar de ser reflexión comprometida con el presente. Los diversos modelos del filosofar, –históricos, científicos, sociales o estéticos–, no pueden desgajarse en retículas disciplinares, sino que se insertan en una significación global que les sitúa en la problemática de la naturaleza y la sociedad.

No se dejaba allí de denunciar la violencia solapada ejercida por los medios de comunicación, una de las ataduras más manipuladoras de la nueva sociedad de la era tecnológica.

En la década de los ochenta Lledó se traslada a Madrid para trabajar en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, alejándose, por el momento, de la dinámica de las clases y de ese trato directo con los alumnos que pronto echaría de menos.

Son años de gran fecundidad en el esfuerzo de profundización interpretativa de los clásicos griegos. Realiza una cuidada traducción de varios Diálogos platónicos para la editorial Gredos y, fiel a sus preocupaciones iniciales publica dos libros en esta misma línea. El primero, de 1984, con el título de *Memoria de Logos*, recoge una serie de estudios centrados en el platonismo. Se trata de una aportación fundamental en nuestro idioma a la profundización en el mundo histórico e intelectual de Platón. Es de destacar la que podríamos llamar “presentación situacional” del “logos” en el marco político de la democracia griega y en el cultural de la “paideia”. El doble carácter del “logos”, como expresión pero también como fundamento, permite que se alce la “anamnesis” como fuente de la que brota el saber dormido. Pero esta reminiscencia no es sólo reconocimiento, sino un proceso sustentado en el preguntar y en el responder, como búsqueda, es decir, como memoria activa y crítica. El “logos”,

expresión racional de la palabra pública en Grecia, aparece así cargado no tanto de razón como de vida, lo que le hace indiscernible de su trasfondo mítico o ideológico.

El segundo ensayo que publica, también en 1984, es *El Epicureismo, una filosofía del cuerpo, del gozo y de la amistad*, una inteligente recreación del pensamiento de Epicuro.

A través de los años perdura en Lledó la inquietud por la pedagogía y por la Universidad. A veces se muestra muy crítico contra la carga ritual de los exámenes que aleja a los estudiantes de la pasión del conocimiento y contra la compartimentación asignaturesca convertida en máquina de apuntes y manuales. Rasgos persistentes de la incierta deriva de la Universidad Española que no dejan nunca de preocuparle. Esa deriva institucional en forma de endogamia hizo perder para siempre a los alumnos de filosofía de la Universidad Complutense la oportunidad de escuchar a este excelente profesor.

Lledó fue nombrado en 1988 miembro vitalicio en el Wissenchaftskolleg de Berlín. Institución para estudios avanzados que reúne a los más prestigiosos intelectuales de todo el mundo y supone un reconocimiento internacional de primer orden. Vive dos años en Berlín vinculado a la investigación en este Instituto y recibe en 1990 el premio Alexander von Humbolt del gobierno alemán.

Publica después *El silencio de la escritura* que obtuvo el Premio Nacional de Ensayo en 1992 y es un libro breve pero denso en conceptos, expresados en un estilo brillante. Lo que fundamenta una antropología textual es que más allá de la mera oralidad de las culturas ágrafas la mediación de la escritura permite preservar la memoria colectiva trascendiendo a su propio tiempo. Pero si “ser es ser esencialmente memoria” la escritura sin el lector no es más que letra muerta. De ahí el lugar de la hermenéutica que acompaña con su discurso receptivo el hermético silencio de la escritura, recuperando el sentido a través de la temporalidad mediata de la memoria.

Sin embargo, Lledó marca la distancia respecto al pantextualismo de aquellos que han decretado la “muerte del autor”, pues nos advierte que “la forma contemporánea del idealismo parece ser la sacralización del texto, pero, el autor es una suposición necesaria y la conversión de un lenguaje en texto exige precisamente su historicidad, o sea, ser obra de un autor”.

Un nuevo ensayo, *El surco del tiempo*, aporta una interpretación exhaustiva del mito de Theuth y Thamís, del Fedro platónico sobre la invención de la escritura. El surco del tiempo no es más que la metáfora de continuidad histórica de presente, el pasado y el futuro, enhebrada por la fecunda siembra de la palabra escrita.

En 1992 Lledó es elegido académico de la Real Academia Española de la Lengua, y toma posesión el 27 de noviembre de 1994 con un discurso sobre “Las palabras en su espejo”.

Entre sus últimas publicaciones están: *Memoria de la ética*, espléndida reflexión sobre los orígenes de la teoría moral en Aristóteles, que culmina con la importancia

de la “antiphítesis”, la reciprocidad en la amistad, el puente de unión solidaria en que las afectividades humanas desbordan los límites de la individualidad. También, *Días y libros*, recopilación de escritos dispersos realizada por Mauricio Jalón. El elemento que enlaza estos materiales breves muy bien pudiera ser, como indica el compilador en su prólogo la larga lucha de Lledó por esos valores intelectuales del talante ilustrado: primero la praxis, o sea, vivir lo pensado, en segundo lugar la sospecha o la crítica que perturba todas las inercias y, por último, sentirse en medio de la situación histórica implicándose en ella.

En resumen: tiempo, historia, lenguaje, filosofía, memoria, poesía, hitos que dan sentido a la trayectoria intelectual extraordinariamente fecunda de este maestro y pensador de la historia de la filosofía que es también un hombre afable y serio, sensible y memorioso, que vive bajo el signo de la amistad.

El reconocimiento de estos méritos justifica, sin lugar a dudas, el honor que recibimos al incorporarle a este claustro, en un acto solemne, al que han acudido a acompañarnos todos sus amigos y discípulos en señal de entrañable afecto.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego, que se otorgue y confiera al Excmo. Sr. D. Emilio Lledó Iñigo el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Laguna.